

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *Tu Dios es rey.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): *Hijo mío, hoy te he engendrado.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *El Verbo se hizo carne y habita entre nosotros.*

En medio de la noche hemos reconocido una luz. Es el resplandor de un Dios que ilumina nuestra existencia, que nos regala un horizonte nuevo, que nos da la esperanza necesaria para recorrer el camino de la vida. La noche es tiempo de salvación, aunque en muchos casos, la noche es el tiempo de la tristeza y la desesperanza, del sufrimiento y del dolor. Demasiadas personas viven instaladas en la noche.

Demasiados pueblos viven en la oscuridad. Cada día tiene su noche... pero cada noche tiene su luz. Y hoy, precisamente, celebramos que la auténtica luz es Dios con nosotros, su amor y su presencia para siempre. Hoy, de día o de noche, decimos: **¡Feliz Pascua! ¡Feliz Navidad!**

Asistimos a la prueba de la fidelidad de Dios Padre, que siempre cumple sus promesas. Desde todos los tiempos la humanidad esperaba la llegada del Salvador, prometido por el Padre, anunciado por los profetas. Y hoy, por fin, se ha cumplido. Jesús ha nacido entre nosotros. Ya no hay que esperar más, ya no hay que preguntar dónde está Dios. Pues ahí, en la sencillez de la cueva, donde nadie lo esperaba, Dios pone su tienda entre nosotros, y de María Virgen, nos ha nacido el Salvador.

La fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad de un bebé ataviado con pañales. Es el mejor icono de la fragilidad, de la sencillez y del amor. Un recién nacido, acostado en un pesebre, sin acceso a un hogar. Dios nos sorprende y renueva su alianza con nosotros en un establo... Impensable. La fragilidad del bebé nos cautiva y enamora, nos transforma y nos conmueve.

Desde ese momento no estamos solos en el mundo. Dios en Jesús está entre nosotros para que tengamos vida, y de la buena. No de la buena de tener más y más cosas para unos pocos, sino vida de hermanos, de familia y de pueblo, para que todos tengamos lo necesario. Porque, no lo olvidemos, la grandeza y la gloria de Dios es la vida de los hombres. **¡Porque quiere darnos su misma vida!**

Dios, al cumplir su Promesa, expresa cuál es su deseo y voluntad. Desde el origen del mundo ha querido ser la vida de y para sus hijos. Y esto no puede hacerse –tampoco lo entenderíamos– solo desde “*el cielo*”. No, desde pequeños aprendimos que Dios está *«en el cielo, en la tierra y en todas partes»*.

Claro que no somos ni los primeros de la historia, ni los últimos. Y Dios fue empujando la vida, acompañando a las gentes, hablando por sus profetas, denunciando todo lo contrario al hombre, enviando a sus testigos. Como Juan, testigo de la Luz, que supo ser eso, un testigo, y señalar al que de verdad era el importante, a Jesús.

El pesebre es un lugar universal... allí caben todos: quienes no tienen sitio en la posada, quienes no tienen hogar, o no tienen nada. Dios es para todos, es gratuito, no tiene límites. Dios no es selectivo, es como un padre o una madre buenos que se desviven por sus hijos. Nuestro “*acceso*” al niño Dios viene por la capacidad de acogida y de sorpresa. Acoger al prójimo, acoger los acontecimientos, acoger lo imprevisto, acoger la vida... Dios nos regala su luz, su amor y su bendición. **¡Sabremos acogerlo?**

Dios nos ayuda a renacer y a vivir iluminados por su presencia y guiados por su amor. Quien se encuentra con Dios, quien descubre su amor, quien lo recibe, no queda indiferente. Dios nos ha nacido y nos seguirá naciendo. Si lo acogemos en nuestra vida, la respuesta será una existencia diferente y nueva. Una vida, (nos dirá san Pablo) *«sobria, honrada y religiosa»*, que nos convierte en signo de amor y en compromiso por una humanidad renovada, como Dios quiere.

Todo lo que somos –todo lo que estamos llamados a ser–, todo lo que nos rodea con sus logros y germen de humanidad “*tiene*” a Dios. Por eso nuestra atención ha de estar siempre activa y atenta a los esfuerzos por crear vida, dignidad, relación entre las gentes, y para descubrir las miserias humanas y sociales y poder cambiarlas. El mismo Concilio Vaticano II nos decía que sí, que hay que estar atentos a los *«signos de los tiempos»*.

Hemos sido llamados a recibir a Jesús que nace, a dejar que Él nos haga suyos. Somos hijos de la Luz, porque hemos nacido de Dios. Y esto por puro Amor, porque Dios se ha implicado e identificado con nosotros, y nos ha dado la plenitud y la vida.

¡¡Dios está con nosotros hoy, para siempre!!!